

# EUCARISTÍA Y MISIÓN

## EN LA SECULARIDAD

### *INTRODUCCIÓN*

El que ha encontrado de verdad a Jesús, como vemos en los relatos evangélicos, lo dan a conocer a cuantos lo rodean. La samaritana deja el cántaro y sale corriendo a anunciar a los suyos que había encontrado a un hombre que podía ser el Mesías; y condujo al pueblo hasta Jesús. El tullido fue curado por Jesús y éste desapareció. Cuando lo encuentra en el templo y lo reconoce, aquel hombre se fue a decirle a la autoridad quien lo había curado. Los enfermos curados, a pesar de haber recibido la orden de no decir nada, lo daban a conocer hasta el punto que ya no podía entrar en las ciudades y se quedaba fuera. Y lo mismo hicieron los primeros discípulos. Andrés busca a su hermano y le dice: hemos encontrado al Mesías; y llevó a Pedro a presencia de Jesús. María Magdalena fue enviada por el Resucitado al encuentro de los hermanos, para comunicarles la buena noticia de que vivía el Crucificado. La misión brota de la experiencia del encuentro con el Viviente. Es anuncio de la Buena Noticia del Reino de Dios y lleva al encuentro con él en persona.

Si en la Eucaristía encontramos realmente a Cristo, el Viviente, y entramos en su amistad y amor, no podemos guardarlo para nosotros. Pablo no se avergonzaba del Evangelio y no se acobardaba ante los sufrimientos por dar a conocer a quien lo amó y se entregó por él. Muy diferente es la actitud de quien no ve en Jesús más que un modelo ético del pasado o un simple maestro de sabiduría. El Evangelio queda postergado a un segundo lugar, pues se da prioridad a la cultura ambiente, a la mentalidad, hasta el punto que la religión tiende a la privatización o a quedar reducida a un simple impulso para la acción y el compromiso personales. La misión se diluye cuando uno busca una religión del confort religioso.

Benedicto XVI recordó dos verdades que no han calado bastante entre nosotros, a pesar de ser decisivas e ineludibles para una existencia cristiana y la vivencia de un humanismo realmente integral. He aquí dos textos de suma importancia.

*Hemos creído en el amor de Dios:* así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna » (DCE 1)

84. En la [homilía](#) durante la Celebración eucarística con la que he iniciado solemnemente mi ministerio en la Catedral de Pedro, decía: « Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él ». Esta afirmación asume una mayor intensidad si pensamos en el Misterio eucarístico. En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: « Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera ». También nosotros podemos decir a nuestros hermanos con convicción: « Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros » (1 Jn 1,3). Verdaderamente, nada hay

más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos. Además, la institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el centro de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. *Jn* 3,16-17; *Rom* 8,32). En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana. (S C 84)

La misión parte del corazón del mismo Dios, de su compasión, de su deseo de sentar a los hijos en torno a la misma mesa. Y es lo que celebramos de forma anticipada en la Eucaristía. Por ello en el Hijo y bajo la acción del Espíritu Santo, los Once salieron a los caminos de la historia, para dar a conocer el Evangelio de Dios, su acción salvadora. Por ello vamos a meditar cómo vivir y anunciar a Jesucristo en medio de un mundo secular, como ser discípulos misioneros en medio de un mundo plural y tentado por la trivialidad y parcialidad de un ego encerrado y replegado sobre él mismo. Dicho con otras palabras vamos a ver cómo la celebración de la Eucaristía postula la misión y es fuente de la misión.

### ***I.- CONVOCACIÓN Y ENVÍO: CULMEN Y FUENTE DE MISIÓN***

Dios es el que convoca para el banquete del reino de Dios, del cual la Eucaristía es prenda o anticipo. Por ello envía a su siervo, para cursar las invitaciones oportunas a los primeros invitados y luego, ante la negativa de estos, a los calles y plazas, a los caminos y las encrucijadas. La misión, como acabo de indicar, brota de Dios, que quiere reunir a todos en el banquete que él ha preparado.

«Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y venga el que os convidó a ti y al otro, y te diga: “Cédele el puesto a este”. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: “Amigo, sube más arriba”. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido».

Y dijo al que lo había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos».

Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!». Jesús le contestó: «Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó a su criado a avisar a los convidados: “Venid, que ya está preparado”. Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y necesito ir a verlo. Dispénsame, por favor”. Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor”. Otro dijo: “Me acabo de casar y, por ello, no puedo ir”. El criado volvió a contárselo a su señor. Entonces el dueño de casa, indignado, dijo a su criado: “Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y tráete aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos”. El criado dijo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía queda sitio”. Entonces el señor dijo al criado: “Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se llene mi casa. Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete”». (Lc 14, 8-24)

En el banquete del reino de Dios, en el que volveremos a compartir la mesa con el que ahora se nos da como pan de vida, estamos llamados a elegir los últimos lugares. Los invitados de preferencia han de ser los pobres y excluidos de la fiesta. La Eucaristía expresa de maravilla el sentido del amor gratuito de Dios, para con el ser humano, pobre y limitado. Nos da su banquete de forma gratuita, basta con acoger su invitación.

Convocar a la fiesta, al sagrado banquete, es lo propio de quien ha hecho la experiencia del pan de la vida, esto es, de la alegría pascual. Como el Señor de la parábola, Dios sigue enviando su siervo, para convocar a todos a la fiesta que nos ha preparado. La Eucaristía es don de Dios y no, como a veces se insiste, don nuestro a Dios, ya que damos de lo que hemos recibido previamente. El sentido del sacrificio de las religiones y de la Eucaristía parten de supuestos diferentes, pues si en las religiones se da algo a la divinidad para volverla favorable, en la Eucaristía es Dios quien nos da el pan de la vida, para hacernos partícipes de su vida, para que entremos en comunión con él. Por ello en la Eucaristía aprendemos a vivir del don y a ser don de Dios para los demás. En eso consiste ser ofrenda agradable a Dios: ser en Cristo pan partido para la vida del mundo.

Jesús, antes de celebrar su Pascua, pues la Pascua de los judíos, la había celebrado desde su más tierna infancia, salió al encuentro de los pobres, los buscó por los caminos, los hizo sus discípulos, los evangelizó, para celebrar con ellos su Pascua, anticipo del banquete del reino de Dios. Él es el Siervo que vino a su pueblo y llamó a los alejados y paganos, a todos, para darse como el pan bajado del cielo, como el verdadero manjar que anunciase ya el profeta para los tiempos mesiánicos. Jesús es el que convoca y se da en el sagrado banquete de la Eucaristía.

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, | en este monte, un festín de manjares suculentos, | un festín de vinos de solera; | manjares exquisitos, vinos refinados.

Y arrancará en este monte | el velo que cubre a todos los pueblos, | el lienzo extendido sobre todas las naciones.

Aniquilará la muerte para siempre. | Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, | y alejará del país el oprobio de su pueblo | —lo ha dicho el Señor—.

Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. | Esperábamos en él y nos ha salvado. | Este es el Señor en quien esperamos. | Celebremos y gocemos con su salvación, (Is 25, 6-9)

Este pan del cielo llena a las almas de la dulzura y alegría de quien se sabe amado y en buenas manos, como vive el niño pequeño en el seno de la madre. Alimentados por el pan de la vida, el cristiano vuelve a reanudar el camino con la alegría de saberse de camino hacia su triunfo. El sagrado banquete es fuente de alegría y de misión. Es el culmen de la misión.

Con la convicción de que la Eucaristía se presenta como culmen y fuente de la misión de Jesús y de su cuerpo que es la Iglesia, vamos a detenernos en lo que afirmamos en la respuesta dada por el pueblo a las palabras del que nos preside cuando proclama ante la asamblea eucarística: «Este es el misterio de la fe». «Este es el sacramento de nuestra fe». «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!» Estaremos atentos para ver cómo podemos vivirlo en la secularidad.

## **II.- ANUNCIAMOS TU MUERTE**

San Pablo, en un texto denso, recuerda a los corintios cómo la celebración de la Eucaristía es siempre una proclamación de la pasión del Hijo. El sacramento de la Eucaristía es siempre memorial de la muerte del Señor.

Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. (1Cor 11, 23-26)

La celebración de la Eucaristía y la proclamación de la muerte del Señor hasta que vuelva son inseparables. En efecto, en la Eucaristía celebramos el memorial de nuestra redención acontecida en la cruz del Hijo, venido en una carne semejante a la nuestra. Pablo, en la misma carta a los corintios, escribía a la comunidad cómo en su misión apostólica su predicación estaba centrada en Jesucristo y este crucificado.

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. (1Cor 2, 1-5)

Reflexionemos un poco. Pablo conocía bien la fe de Israel antes de su conversión, conocía al Dios de los Padres. Pero ahora anunciaba el misterio de Dios a partir del encuentro con el Crucificado en el camino de Damasco: «Soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 5). Jesús muerto por nuestros pecados es un punto central del kerigma apostólico. Hasta tal punto, que cómo dice en la carta a los gálatas, él se gloriaba en la cruz de Jesucristo.

Mirad con qué letras tan grandes os he escrito de mi propia mano. Los que buscan aparecer bien en lo corporal son quienes os fuerzan a circuncidaros; pero lo hacen con el solo objetivo de no ser perseguidos por causa de la cruz de Cristo. Pues ni los mismos que se circuncidan observan la ley, sino que desean que os circuncidéis para gloriarse en vuestra carne. En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Pues lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino la nueva criatura. La paz y la misericordia de Dios vengán sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios. En adelante, que nadie me moleste, pues yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. (Gal 6, 11-17)

El apóstol vive y actúa unido a la cruz de Cristo. Está en el mundo, pero como crucificado. Por la cruz de Cristo «el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo». Y da la razón: «lo que cuenta no es la circuncisión ni la incircuncisión, sino la nueva criatura». Y las señas de la identidad del gran Apóstol eran las «marcas de Jesús», que como bien sabemos las presentó a sus discípulos para que lo reconocieran. Murió por nuestros pecados y para darnos la vida sin ocaso.

El conflicto de Pablo con los gálatas residía en un punto central: la salvación provenía del cumplimiento de la Ley o de la fe en el Crucificado. Esta es la cuestión que sigue en pie y de ahí se deriva nuestra manera de pensar y vivir la evangelización, también en nuestro

mundo secular, plural y complejo. Hoy son muchos los que vuelven a las prácticas como camino de salvación o bien se centran en el yo, en lugar de abrirse a la acción de la gracia dada en Jesucristo. Es un problema de la suma trascendencia.

Nuestro mundo secular, como no podía ser de otra forma, quiere salvarse y perpetuarse al margen de Dios (Stephen Hawking). El hombre quiere darse sus leyes y salvarse a través de ellas. Pero termina siendo cada día más esclavo y, guste o no, en el sepulcro. Y ahí resuena el grito de la verdadera evangelización. «Para la libertad nos libertó Cristo... Lo que cuenta es la fe que obra por el amor... Vuestra vocación es la libertad», pero la libertad del amor, por la que nos hacemos servidores (cf. Gal 5, 1-13). La cruz nos revela la economía de la gracia, frente a la economía de la Ley.

Pues bien, la comunidad eucarística que anuncia la muerte del Señor hasta que vuelva, debe dar testimonio con su vida donde radica la fuente de su libertad y servicio. Es preciso que con nuestra palabra, vida y acción seamos un signo e instrumento de la muerte del Señor para dar la vida al mundo.

Anunciar la muerte del Señor hasta que vuelva es el centro de la predicación cristiana y la forma de llevar adelante la misión; pero no podemos ignorar que tanto la comunidad de Corinto como la comunidad de los gálatas buscaban los caminos de la autoafirmación y del prestigio. No es el camino de una comunidad que proclama y celebra la muerte de Cristo.

Cuando se pierde de vista el anuncio de la muerte de Jesús, los pobres, como sucedía en la comunidad de Corinto, son menospreciados y con ellos la Iglesia y el mismo Jesucristo. Y podemos decirlo con todo realismo, volvemos a la religión de la razón (como los griegos) o de la Ley (como los judíos). Ya no es el «logos de la cruz» el que rige nuestras vidas y nuestro hacer apostólico, sino la cultura ambiente, aun cuando el lenguaje religioso pueda estar marcado por una terminología cristiana. Anunciar la muerte del Señor es mostrar de forma clara y precisa que nuestras vidas se adecuan con lo que celebramos en el sacrificio del altar.

### **III.- «PROCLAMAMOS TU RESURRECCIÓN»**

El anuncio de la muerte de Jesús hasta su vuelta incluía ya de forma implícita el hecho de la resurrección. ¿Cómo puede volver al final de los tiempos, si no está vivo? ¿Y cómo puede vivir en la eternidad, si no ha resucitado para nunca más morir, como enseña la fe apostólica? Pero conviene proclamar con alegría la fe que anima a los que comen el cuerpo y beben la sangre del Crucificado. En la Eucaristía, en efecto, celebramos el memorial de nuestro futuro, que ya ha tenido lugar en la Pascua del Primogénito de la humanidad, esto es, del Unigénito. La Eucaristía no es solo memorial de la pasión de Jesús, es también prenda de nuestro futuro, el que se ha realizado ya en Jesucristo y la comunidad eclesial celebra hasta el final de los tiempos en cumplimiento de su mandato: «Haced esto en memoria mía». La Eucaristía no es invención de la Iglesia, sino el cumplimiento del mandato del Señor.

La proclamación supone gritar en las plazas públicas la Buena Nueva de Dios, la llegada inminente del reino de Dios. Jesús, como relata el evangelio según san Marcos, inició su predicación proclamando la llegada del reino de Dios.

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». (Mc 1, 14-15)

La Eucaristía celebra de forma anticipada el Banquete del reino de Dios: es un sagrado banquete. Es una celebración festiva, pues proclama la victoria de la gracia sobre el pecado, del amor sobre el odio, de la verdad sobre la mentira, de la comunión sobre la división, de la amistad sobre la enemistad. Es una celebración de la acción de Dios en favor de una humanidad golpeada por el poder del pecado. Es, en última instancia, la celebración de la liberación que acontece en el hoy de la historia. La resurrección de Jesús es la primicia de nuestra propia resurrección.

Quien comulga en la fe con el cuerpo y la sangre de Cristo, es incorporado al cuerpo y sangre del Viviente, esto es, de aquél que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Pablo escribía a los romanos, que si a Abrahán le fue contada como justicia su fe inquebrantable en la promesa, lo mismo nos sucederá a los que hemos creído en la resurrección de Jesús:

Pero que *le fue contado* no está escrito solo por él; también está escrito por nosotros, a quienes se nos contará: nosotros, los que creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. (Rom 4, 23-25)

La proclamación de la resurrección en la Eucaristía no puede quedar reducida al ámbito del culto. Es preciso que la comunidad eucarística proclame en el mundo y ante el mundo la buena noticia del reinado de Dios, tal como aconteció y sigue aconteciendo entre nosotros. Y esto es también válido para un mundo secular, donde muchos cofunden lo secular con el secularismo; donde muchos cristianos parecen avergonzarse del Evangelio de Dios. Sin la proclamación de la resurrección del Hijo del hombre, la misión se deforma en propaganda religiosa o en proselitismo, en una filosofía del sentido o de la grandeza ética, con lo cual se cae siempre en la tentación de cebar la carne, como ya denuncia la carta a los colosenses: «Tienen apariencia de sabiduría por su afectada piedad, su humildad y la mortificación corporal; pero no tienen valor alguno: solo sirven para cebar la carne». (Col 2, 23) Ahora bien, no podemos dejar de hacernos una pregunta: ¿Cómo proclamar la resurrección de Jesús en el mundo secular?

Es evidente que no hay recetas para ello, pero no es menos evidente que la proclamación de la resurrección sigue siendo obra de testigos animados por el Espíritu Santo. «Nadie puede decir Jesús es Señor, si no es en el Espíritu Santo» (1Cor 12, 3). Es toda la comunidad cristiana, la comunidad eucarística, por otra parte, la que debe hacer esta proclamación. Pero los IS, a mi entender, deben aportar su contribución específica a fin que sea todo el pueblo de Dios el que proclame la resurrección de Jesús. He aquí algunos puntos que me parece oportuno señalar en esta perspectiva.

- El consagrado en la secularidad tiene como misión recordar a unos y otros, con su vida y compromiso, que Dios está llevando el mundo hacia su perfección, aun cuando el camino sea en ocasiones un tanto accidentado. La denuncia puede ser necesaria y oportuna, pero no puede confundirse la denuncia con el pesimismo, como no puede confundirse las falaces promesas, con la esperanza.
- El consagrado en la secularidad debe llevar a cabo en todo momento una relectura creyente de la realidad, para discernir la presencia de Dios en los acontecimientos, tanto en los positivos como en los negativos, para escuchar su voz y colaborar en los cielos nuevos y tierra nueva que él está ya inaugurando. Juan Pablo II invitaba a escuchar la voz de Cristo en las nuevas situaciones de pobreza.

- El que proclama la resurrección del Crucificado en la Eucaristía, está llamado a ser un testigo comprometido por la vida, sin olvidar que el grano de trigo debe morir para dar fruto abundante. La mujer para engendrar vida nueva pasa antes por la tristeza y los dolores de parto. Es preciso morir con Cristo para resucitar con él. Contribuir a alumbrar un mundo nuevo supone aceptar morir con alegría para dar vida en abundancia. La proclamación de la resurrección no puede separarse de la comunión en los sufrimientos de Cristo para dar la vida en abundancia.
- En este sentido la Eucaristía nos sigue invitando a recordar lo que Pablo escribía a la comunidad o las pequeñas comunidades de Roma. «Considero que los sufrimientos de ahora no pueden compararse con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto.» (Rom 8, 18-22)
- El creyente no puede situarse ante la muerte como un pagano, pues sabe que su destino es la vida, y no la muerte. Es muy importante que nuestra consagración en la secularidad sea una memoria viva por nuestro estilo de estar y luchar en el mundo del poder de la resurrección, pues donde abunda el pecado sobreabunda la gracia.

#### **IV.- «VEN, SEÑOR JESÚS»**

Con esta invocación, la propia del Espíritu y la Esposa, con la se cierra el libro de la revelación y la esperanza, el Apocalipsis, la comunidad eucarística se vuelve hacia el futuro con una esperanza contra toda esperanza. La proclamación de la Pascua del Señor es un verdadero antídoto, tanto contra los profetas de calamidades, como contra los profetas ilusos y optimistas, pues unos y otros se empeñan en vivir fuera de la realidad.

Para meditar un poco esta suplica de la comunidad eucarística convendría leer los dos últimos capítulos del Apocalipsis, en que se hace memoria del hacer divino, tal como se celebra en el culto celeste, del que es anticipación el culto eucarístico. Me limito a señalar algunos versículos de estos dos capítulos:

Y dijo el que está sentado en el trono: «**Mira, hago nuevas todas las cosas**». Y dijo: «**Escribe: estas palabras son fieles y verdaderas**». Y me dijo: «**Hecho está**. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré de la fuente del agua de la vida gratuitamente. El vencedor heredará esto: yo seré Dios para él, y él será para mí hijo. (Ap 21, 5-7)

Mira, yo vengo pronto y traeré mi recompensa conmigo para dar a cada uno según sus obras. **Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último**. Bienaventurados los que lavan sus vestiduras para tener acceso al árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad. Fuera los perros, los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, los idólatras y todo el que ama y practica la injusticia. Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para dar testimonio de esto a las iglesias. Yo soy la raíz y la descendencia de David, la estrella radiante de la mañana. **El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven! Y quien lo oiga, diga: «¡Ven!»**. Y quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente. Yo declaro a todo el que oye las palabras proféticas de este libro: Si alguien añade algo a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguien quita

algo de las palabras de este libro profético, Dios quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, descritas en este libro. Dice el que da testimonio de estas cosas: «Sí, vengo pronto». **Amén, ¡Ven, Señor Jesús!** La gracia del Señor Jesús esté con todos. (22, 12-20)

Esta aclamación es la expresión de la fe, como lo muestra el hecho que, en el libro del Apocalipsis, vaya precedida del «Amén» propio de la fe. La fe es garantía de lo que se espera. Ella nos proyecta hacia un futuro, que nada tiene que ver con las utopías que brotan del hombre. El futuro no es una utopía irrealizable, pues es ya realidad por la acción divina. La Eucaristía celebra el futuro saliendo a nuestro encuentro. La esperanza cristiana, la que celebramos en la Eucaristía, nos impulsa a vivir desde el futuro realizado en Cristo Jesús. Esto nos cuesta entenderlo, pues pensamos que el futuro, y en eso somos todos un poco marxistas, depende de nosotros. Ahora bien, el que Dios quiera servirse de nosotros, no quiere decir que dependa de nosotros y de nuestros planes. Jesús nos lo ha dicho con claridad a través de una parábola.

Entonces le dijo uno de la gente: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Él le dijo: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?». Y les dijo: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes». Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: “¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha”. Y se dijo: “Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente”. Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?”. Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios». (Lc 12, 13-21)

Las personas y los pueblos olvidamos, con excesiva frecuencia, que ni nos damos la vida ni depende, en última instancia, de nosotros. Hacemos planes y acumulamos bienes, pero olvidamos que nuestro calendario no lo establecemos necesariamente nosotros. Y esto es verdad también para la planificación de nuestro mundo. Los llamados ídolos y dioses de este mundo terminan, como recuerda ya el Antiguo Testamento, en la región de los muertos, en el Hades. Es importante tenerlo en cuenta, pues la vida viene de Dios.

En la Eucaristía avivamos el deseo de la fe frente al deseo de un mundo que busca por encima de todo afirmarse frente a Dios, a quien lo considera como su rival. Y aquí es donde a los miembros de los IS nos aguarda una tarea inmensa. Nosotros esperamos la vuelta de Alguien, pues con él llegan los cielos nuevos y la tierra nueva. Y con ese Alguien entramos ya desde ahora en comunión en el sacramento del amor. Esta es la verdad insondable y alegre de la que debemos dar cuenta con nuestra manera de vivir y actuar en el mundo. Y porque esperamos en ese Alguien, nos entregamos a él y a su causa, a fin que la creación entera sea recapitulada en él de acuerdo con el designio de Dios.

Es preciso ahondar en cómo llegar a vivir este dinamismo de nuestro deseo expresado en la súplica eucarística que no cesamos de reiterar todos los días. ¿Qué supone esto para todos nosotros?

- En primer lugar se nos pide fiarnos de Dios, que cuida de los pájaros y los lirios del campo, de buscar por encima de todo el reino de Dios, pues todo lo demás se nos dará por añadidura. (cf. Lc 12, 22-30). La confianza y la búsqueda del reino de Dios supone un fiarse y un implicarse para llevar adelante la obra de Dios. No podemos ser como los paganos que viven centrados en ellos mismos. El creyente vive para Dios, como el



Hijo amado, pues sabe que Dios no cesa de engendrarlo para la vida. La dinámica del pagano religioso y del creyente es muy diferente.

- La fe, por tanto, es firmeza y seguridad en medio de las pruebas y avatares de la vida. Por ello Jesús decía a sus discípulos:

No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Lc 12, 32-34)

Conviene notar, Jesús no habla de un don futuro, sino de la actualidad. El reino de Dios nos pertenece. «Él levantando los ojos hacia sus discípulos, le decía: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6, 20)

- Ahora bien Jesús es realista y pide a sus discípulos estar atentos y vigilantes para acoger al Señor cuando vuelva de la boda, para ponerse a su servicio. Y sabemos que el Señor es acogido y servido en el pobre e indigente.

Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». (Lc 12, 35-40)

- Es preciso, por otra parte, comprender y vivir, la lucha de Jesús, la lucha del amor para dar vida. y esto no puede llevarse a cabo sin una cierta contradicción. Hoy nos gustaría a todos que nuestras comunidades y parroquias fueran remansos de paz y serenidad, para fomentar la autoestima y felicidad; pero sería este el camino de la verdadera fidelidad al Señor y al designio de su Padre, tal como se encarnó en su Pascua. Escuchemos sus palabras, aun cuando nos cueste aceptarlas y vivirlas:

He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división. Desde ahora estarán divididos cinco en una casa: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra». (Lc 12, 49-53)

- Por último, si queremos vivir la dinámica propia de la esperanza, es de todo punto necesario vivir e interpretar los signos de los tiempos, los signos del Espíritu Santo en medio de lo concreto de la vida. Hoy como siempre es preciso avanzar desde el discernimiento y una relectura creyente de la realidad. Así se los decía Jesús a la gente y, por tanto, a todos nosotros:

Decía también a la gente: «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: “Va a caer un aguacero”, y así sucede. Cuando sopla el sur decís: “Va a hacer bochorno”, y sucede. Hipócritas: sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ¿Cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que es justo? Por ello, mientras vas con tu adversario al magistrado, haz lo posible en el camino por llegar a un acuerdo con él, no sea que te lleve a la fuerza ante el juez y el juez te

entregue al guardia y el guardia te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no pagues la última monedilla». (Lc 12, 54-59)

## **CONCLUSIÓN**

La celebración de la Eucaristía es la culminación de la misión, pero también una fuente perenne de misión. Ella nos sigue reenviando al mundo, para que a través de nuestro estilo de vida, nuestra acción y palabra sigamos ofreciendo a cuantos nos rodean la Buena Nueva de la salvación de Dios, de la presencia del reino de Dios en medio de lo concreto de la existencia. En ella celebramos el memorial de la pasión de Jesús, pero también el memorial de nuestro futuro. Así aviva en nosotros el deseo del encuentro consumado con el Señor glorioso.

La Eucaristía es el pan de los pobres, el viatico para el camino. La comunión con el cuerpo y sangre del Señor nos lanza hacia el futuro con confianza, pues por la fe y el sacramento somos incorporados a su muerte y glorificación. La Eucaristía es la celebración, el anticipo de lo que Jesús expresó en la sinagoga de Cafarnaún, según narra el evangelista Juan, pero que muchos discípulos rechazaron, pues les pareció un lenguaje duro.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.<sup>[1]</sup> Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.<sup>[1]</sup> (Jn 6, 48-59)

En la Eucaristía se aviva y se sacia, al mismo tiempo, el deseo e inquietud del hombre de participar en plenitud en la vida divina, así como el anhelo de la humanidad de ser una real y verdadera fraternidad.